

Derechos reservados de El Colegio de Sonora, ISSN 1870-3925

José Alfredo Gómez Estrada (2012),

Lealtades divididas.

Camarillas y poder en México, 1913-1932,

México,

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/

Universidad Autónoma de Baja California,

279 pp.

La Revolución Mexicana es un proceso de gran importancia para entender la actualidad de México como nación, analizada dentro y fuera del ámbito académico del país, y lectura obligada para cualquier investigador interesado en el siglo xx mexicano. Desde la historiografía se han examinado las diversas etapas de este complejo proceso, por lo tanto, en dicho contexto, se inscribe *Lealtades divididas. Camarillas y poder en México, 1913- 1932*, de José Alfredo Gómez Estrada.

El libro está dividido en dos partes, formadas por cinco capítulos. Durante su investigación, Gómez Estrada se enfocó en dilucidar las redes de relaciones que se tejieron entre los principales caudillos de la Revolución provenientes del estado de Sonora. En esta ocasión no se habla de los “grandes caudillos”, es decir, los más reconocidos, de quienes se han realizado varios estudios, sino que su interés es hacerlo de quienes no se ha hablado, en este caso la columna vertebral de una de las *camarillas* adscritas al grupo de poder de los grandes caudillos sonorenses, la de Abelardo L. Rodríguez, cuyos integrantes, a partir de su unión al grupo, tejieron relaciones con otros miembros; gráficamente las podríamos dibujar al estilo de una red telaraña.

A manera de introducción discute el concepto de *camarilla*, que utiliza para analizar las relaciones que se dieron entre los diversos caudillos surgidos del movimiento armado conocido como la Revo-

lución Mexicana (Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Abelardo L. Rodríguez, personajes principales del Grupo Sonora), para dar paso a la nueva elite política de las primeras décadas del siglo xx.

En el primer capítulo, “El preámbulo”, el autor presenta biografías breves de Obregón, Elías Calles y Rodríguez, con las que forma el sistema de análisis que guiará su investigación, caracterizado por el lugar de procedencia de los individuos, más bien la condición social y los rasgos culturales como referentes identitarios entre los caudillos y sus allegados. Cabe mencionar que Gómez Estrada no intenta realizar un análisis de la psicología de los individuos, él más bien privilegia las circunstancias sociales. Señala también las situaciones que obligaron a los caudillos a ingresar al movimiento armado, que se desencadenó dentro de su terruño, para luego involucrarse en asuntos de mayor amplitud, como consecuencia, tuvieron carreras castrenses ascendentes. También descubre que entre 1913 y 1915 comenzaron a formarse relaciones incipientes entre Obregón, Calles y Rodríguez por encuentros esporádicos en los enfrentamientos armados, que desembocaron en simpatías.

De 1915 a 1923 se generaron “Los primeros vínculos”, título del segundo capítulo, concretos entre Obregón, Rodríguez y Calles. La relación entre estos últimos se acrecentó de manera acelerada durante ese lapso. Rodríguez pasó de ser un subordinado a socio y amigo de Calles, se vio beneficiado por lo que el autor identifica como “un momento crucial”: las rebeliones de Adolfo de la Huerta (1924) y de José Gonzalo Escobar (1929), en donde Rodríguez participó de manera directa e indirecta. Lo anterior desencadenó varios favores de parte de Obregón y Calles para Rodríguez, quien se ganó la confianza de ambos. Los negocios en sociedad con Calles se acrecentaron en este periodo. Rodríguez tuvo importantes ascensos militares hasta obtener el grado de general.

En el tercer capítulo, “La camarilla de Rodríguez, 1923-1929”, último de la primera parte del libro, José Alfredo Gómez de nuevo realiza un breve análisis biográfico de José María Tapia, Juan R. Platt y Francisco Javier Gaxiola Zendejáz, en un contexto de la formación de filiaciones y simpatías con personas de la elite política posrevolucionaria, que incluyó a Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, hasta llegar a relacionarse de manera cercana con Abelardo L. Rodríguez,

lo que sucedió entre 1923 y 1926. A partir de las diversas circunstancias que les tocó vivir a Tapia, Platt y Gaxiola y su relación con Rodríguez, pusieron sus habilidades e influencias al servicio de este último para regular actividades de índole económica en el Distrito Norte de la Baja California, donde el general fue designado como jefe político. Las consecuencias inmediatas de los servicios prestados al general Rodríguez en dicho distrito —centro de operaciones y desarrollo de la camarilla— por Tapia, Platt y Gaxiola rindieron frutos para ellos (de manera no tan equilibrada), quienes se vieron recompensados con favores que iban encaminados a alentar sus intereses económicos y de superación personal.

Antes de adentrarnos en la segunda parte del libro se presentan ocho imágenes, en las cuales aparecen los personajes analizados por el autor en diversas situaciones donde se les ve relacionándose de una u otra manera. Esto hace más ilustrativo el texto para entender el lugar y las situaciones en las que se vieron inmiscuidos los actores presentados por Gómez Estrada en su metarelató.

En “Lealtades divididas, 1925-1929”, se revisa el apoyo prestado por la camarilla liderada por Rodríguez a Obregón y Calles durante la división del grupo de poder que ellos dirigían, conformado en gran parte por militares sonorenses; inclusive trataron de disuadir a viejos compañeros, como Francisco R. Serrano, quien intentó sublevarse, “de manera desleal” en contra de los líderes del grupo. El autor narra cómo el general Rodríguez, con ayuda y por medio de sus subalternos (Tapia, Platt y Gaxiola), envió recursos económicos para financiar la campaña de Obregón, quien se presentó como contendiente en las elecciones de 1928, de las cuales resultó victorioso de manera contundente, nunca pudo ocupar la Presidencia por segunda ocasión, pues fue ultimado en julio de ese mismo año. Rodríguez y su gente siguieron fieles al grupo sonorense y a Elías Calles, que se alzaba como “nuevo líder del grupo y máximo estandarte de la revolución”, manifestaron su apoyo en varias ocasiones de diversas maneras, absolviendo al caudillo de toda responsabilidad sobre el asesinato de Obregón, del que se le culpaba. Las situaciones anteriores refortalecieron los lazos de lealtad de Rodríguez y su camarilla hacia Calles y su gente, lo que benefició a Rodríguez, Tapia, Platt y Gaxiola permitiéndoles maniobrar con mayor libertad en el Distrito Norte de la Baja California, de acuerdo con sus intenciones.

En el capítulo quinto, “La fuerza de la camarilla”, se da cuenta del ascenso económico y político que tuvo la camarilla de Abelardo L. Rodríguez durante la década de 1930, cuando los integrantes de ésta, liderada por Rodríguez vieron entorpecidas sus ambiciones políticas y económicas a causa del ascenso a la Presidencia de Pascual Ortiz Rubio (1930-1932) apoyado, en un primer momento, por Plutarco Elías Calles y compañía, después las relaciones se tensaron debido a pugnas entre la gente de la camarilla de Ortiz Rubio —en especial Eduardo Hernández Cházaro— y los grupos que apoyaban a Elías Calles (como el de Rodríguez, que alcanzó su máximo esplendor de 1932 a 1934, época en la que su líder logró llegar a la Presidencia de la república, sus subalternos se colocaron en puestos importantes en cargos públicos, por ende, ascendieron en sus carreras políticas. A manera de epílogo, el autor relata lo acaecido durante el régimen de Lázaro Cárdenas (1934-1940) y su ruptura de relaciones con Elías Calles, quien había sido su mentor. Durante esa época los planes políticos y económicos de los integrantes de la camarilla se vieron entorpecidos de nuevo, y las relaciones entre los miembros se volvieron distantes; José María Tapia fue retirado de su cargo y exiliado, junto con Calles, a California, Estados Unidos. Juan R. Platt y Rodríguez se distanciaron gradualmente, inclusive hubo diferencias entre sus familias por la boda de la hija del primero con el hijo del segundo. En medio de las mencionadas perturbaciones, las relaciones entre Francisco Gaxiola Zendejáz y Rodríguez se reforzaron.

La conclusión a la que Gómez Estrada llega es que la historiografía revisionista de la Revolución da explicaciones sobre el poder total de Obregón y Calles. Arguye que el poder se genera por medio de la interacción de los individuos en cuestión, es decir, hay una dispersión, una influencia de unos sobre otros y pueden estar sujetos a lealtades sobre una o más personas, lo que el autor marca como una *lealtad dividida*, que sale a relucir en momentos de crisis dentro del grupo en cuestión.

Lealtades divididas es una obra clara y concisa, y se recomienda ampliamente tanto para los estudiosos del tema como para quienes hemos leído poco, pues con una prosa ligera ilustra un complejo entramado de relaciones que generan, lo que el autor conceptualiza

como *camarillas* y sus consecuencias. También cabe destacar la gran cantidad de datos que arroja el estudio sobre una parte no muy conocida del grupo de caudillos sonorenses.

Arturo Fierros Hernández*

* Historiador. Correo electrónico: arturo_336@hotmail.com